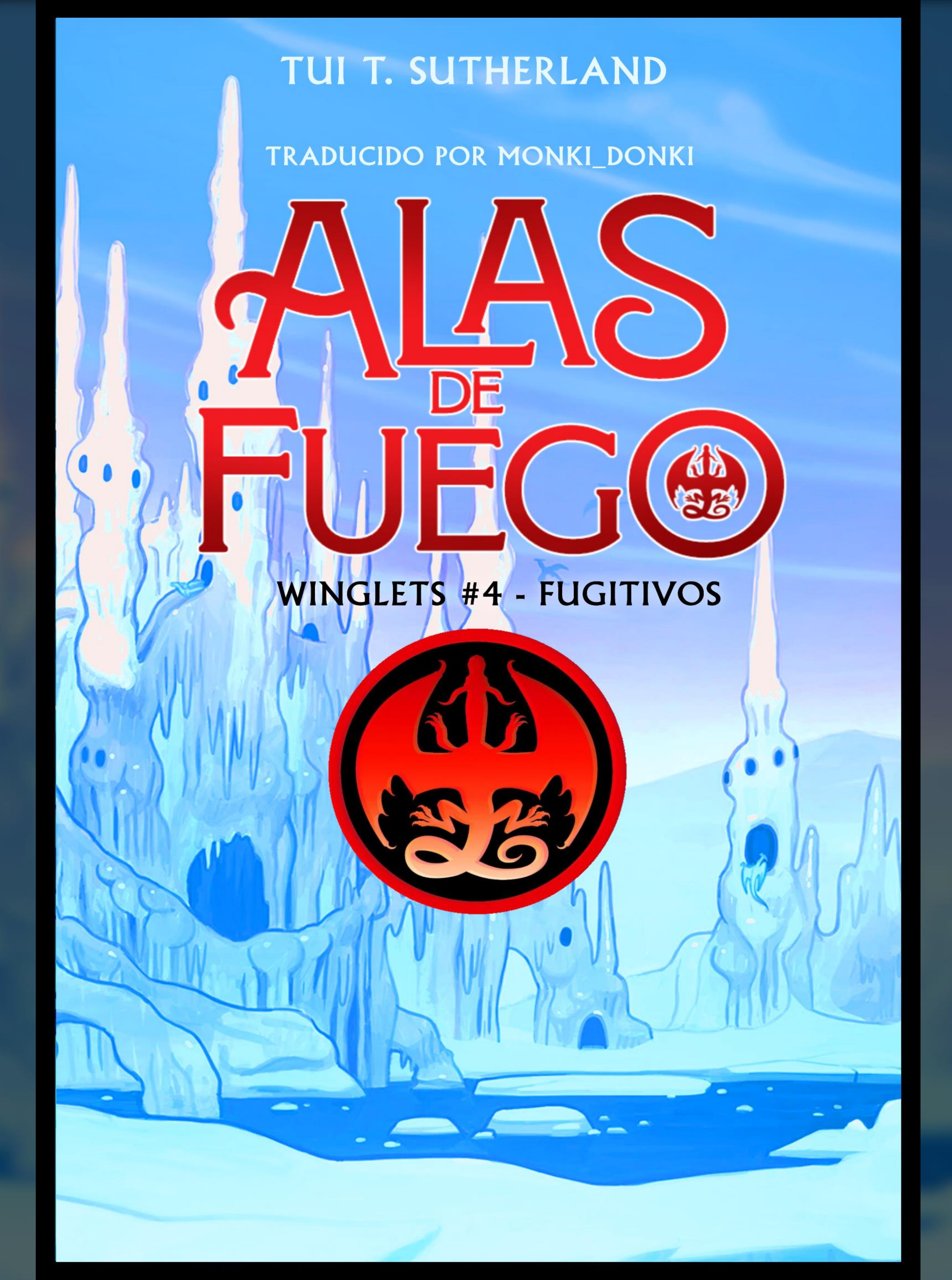

TUI T. SUTHERLAND
TRADUCIDO POR MONKI_DONKI
ALAS DE FUEGO
WINGLETS #4 - FUGITIVOS



Miles de años antes de que eclosionaran los dragonets del destino, comenzó otro destino...

Homicida, la Ala Nocturna y el príncipe Ártico de los Alas Heladas son legendarios. Según los mitos, antes de convertirse en los padres del dragón más infame de Pirria, Acechasombras, Homicida y los Alas Nocturnas secuestraron a un príncipe Ala Helada. El acto desencadenó una amarga rivalidad entre las tribus que duró miles de años.

Pero todo empezó de forma muy simple: Homicida y Ártico se enamoraron. Sólo querían estar juntos; en lugar de eso, un dragón fugitivo se convirtió en un prófugo... y cambió Pirria para siempre.



TÍTULO ORIGINAL:
RUNAWAY

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
27 DE SEPTIEMBRE DEL 2016

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
8 DE JULIO DEL 2025

CONTENIDOS



Nota: Los acontecimientos de esta historia tienen lugar inmediatamente después del prólogo de *Legends: Darkstalker*, miles de años antes de los acontecimientos del primer libro de Alas de Fuego: *La Profecía*.



La nieve moteaba las alas y los hombros de la dragona negra. Pequeños trozos de hielo se habían quedado atrapados entre sus garras, y sacudió las zarpas para soltarlos antes de entrar en el túnel. El canal suave y curvado conducía a una vasta cúpula hecha de bloques de más hielo, hielo sobre nieve sobre suelo congelado.

Pero no tenía frío.

Homicida tocó el pendiente de diamante en su oreja.

«*Un encantamiento solo para mí*».

«*Un dragón que no piensa que soy una pérdida total de espacio*».

Él había entrado antes que ella, por las apariencias. Sus ojos lo encontraron de inmediato al entrar en la cúpula, incluso entre la multitud de Alas Heladas, él brillaba con más intensidad. Ni siquiera su madre, la reina Diamante de los Alas Heladas, podía eclipsarlo. Globos lunares flotaban cerca del techo, lanzando una luz pálida y fría que hacía que los Alas Heladas se vieran pulidos y plateados, mientras que los dragones negros visitantes se volvían opacos y verdosos.

El príncipe Ártico parecía escuchar con atención la charla de su madre, pero su mirada se desvió hacia Homicida por un breve instante. Un momento de *te veo*. Un momento de *esto es una tortura, pero puedo sobrevivir ahora que te he conocido*. Un momento de *tú eres el único otro dragón en el mundo*.

Le cortó la respiración. En su propio reino, los Alas Nocturnas nunca tomaban en serio a Homicida. Era demasiado despistada, demasiado propensa a soltar lo que pensaba sin filtro. Se apasionaba por cosas que a nadie más le importaban, como el hecho de que a los mercaderes Alas Lluviosas o Alas Lodosas se les mantenía apartados de los Alas Nocturnas

en lugar de ser invitados a sus fiestas y festivales. Sus amigos decían que a los Alas Lluviosas les venía bien por los precios exorbitantes que cobraban por su fruta, y que los Alas Lodosas no eran lo suficientemente inteligentes como para ser interesantes de todos modos.

Nadie había mirado a Homicida como lo hacía Ártico, como si ser diferente y un poco rara fuera algo bueno. Como si la hiciera fascinante en lugar de molesta.

—¿Dónde has estado? —Su madre apareció de pronto, bloqueando su vista de Ártico, y comenzó a sacudirle la nieve de las escamas con brusquedad—. Te ves espantosa y debes estar congelándote. ¡Te dije que el príncipe venía! ¿No te dije que te quedaras en tu rincón?

—Estamos en una cúpula —señaló Homicida—. No tiene rincones.

Prudencia entrecerró los ojos hacia su hija.

—Homicida, no seas una seta venenosa ahora. No necesito que tu bocaza arruine todo. —Le dio un golpecito en la oreja con una de sus garras, luego se detuvo y la examinó con atención. Homicida se estremeció un instante antes de que las garras de su madre se cerraran sobre el diamante, pellizcándolo y enviando una oleada de dolor por todos los nervios de su cráneo.

—*¿De dónde sacaste este pendiente?* —gruñó Prudencia.

—¡Ay, ay, ay! —Homicida intentó apartarse, pero su madre la obligó a agacharse—. ¡Fue un regalo, eso es todo, deja de hacerme daño!

Prudencia la soltó de repente con un siseo y retrocedió, sacudiendo su garra como si se hubiera quemado. Tal vez así fue. Homicida sintió un calor extenderse desde el pendiente. «*Está encantado para mantenerme a salvo del peligro también. Incluso de madre*».

—No puedes *robarle* cosas a los Alas Heladas —siseó Prudencia—. Esto es escandaloso, incluso para ti, Homicida.

—¡No lo robé! ¡Un Ala Helada me lo dio! —protestó Homicida.

—¿Qué Ala Helada? —gruñó Prudencia—. ¡Te dije que no hablaras con ningún Ala Helada!

—¿Todo está bien aquí?

Oh, era malo, una cosa mala, mala y terrible que su corazón saltara al oír su voz.

«*Lástima que este pendiente no sea lo bastante listo como para protegerme de mi propio corazón*».

Prudencia se giró de golpe y encontró a Ártico de pie detrás de ella con porte regio, los ojos fríos y poco amistosos. Debía haber cruzado volando la cúpula para llegar tan rápido. La reina Ala Helada y un pequeño séquito de aristócratas venían apresurados detrás de él.

—Príncipe Ártico —dijo Prudencia, enderezándose para parecer tan altiva como él—. Esto no tiene por qué preocuparlo. Solo estoy reprendiendo a mi hija díscola, que al parecer ha encontrado y conservado un pendiente que no le pertenece. —Le tendió la garra abierta a Homicida con una mirada significativa—. Me aseguraré de que lo devuelva de inmediato.

—De ninguna manera —dijo el príncipe. Interceptó el brazo de Homicida cuando esta alcanzaba el pendiente y lo presionó suavemente hacia su costado. Sus escamas estaban frías, como agua corriendo, y sus garras apretaron las de ella ligeramente, casi imperceptiblemente: *Estoy aquí para ti*—. Le di ese pendiente como símbolo de la próxima alianza entre nuestras tribus. Sería indescriptiblemente grosero rechazarlo.

—Nos encontramos afuera —explicó Homicida ante la mirada incrédula de su madre—. Por accidente. —«*Ártico, por todas las lunas, deja de ser tan obvio. Vas a hacer que me maten*». Prudencia no era la única que parecía enojada. La reina Diamante ya estaba lo bastante cerca para oír, y sus ojos recelosos atravesaron a Homicida como estalactitas.

—Lamento mucho que mi hija la haya molestado —dijo Prudencia a Ártico—. Homicida, regresa a nuestros aposentos de inmediato.

—Por supuesto —aceptó Homicida, con un inmenso alivio. Le encantaría estar en cualquier otro lugar ahora mismo. Vio que Ártico abría la boca para protestar y le lanzó una mirada muy severa de «cállate»—. Voy ahora mismo.

—Eso es lo que significa «de inmediato» —dijo Prudencia. Su ceño se frunció aún más mientras Homicida empezaba a alejarse—. ¿No necesitas esto? —rugió, alzando su brazo. En su muñeca brillaba el metal plateado de uno de los brazaletes encantados por animus.

Los Alas Heladas tenían tres de esos brazaletes, cada uno encantado para proteger a un dragón del frío extremo y las defensas del Reino Helado.

Como solo había tres, las delegaciones diplomáticas se mantenían pequeñas y superadas en número en cada reunión. También eran un útil recordatorio del poder de la magia animus de los Alas Heladas.

Pero Homicida era una cuarta miembro inesperada del grupo. Supuestamente estaba allí para que su madre pudiera vigilarla, aunque ella sospechaba que una de las verdaderas razones era que la reina Vigilancia quería forzar a los Alas Heladas a revelar si tenían un cuarto brazalete.

Si lo tenían, no lo habían mostrado todavía. Así que Homicida y su madre debían compartir uno, lo que significaba que Homicida pasaría frío la mayor parte del tiempo.

Excepto que ahora tenía el pendiente.

Pero no podía admitir que era mágico, ni lo que podía hacer, y mucho menos quién lo había encantado para ella. Por un lado, los Alas Heladas tenían reglas estrictas sobre la magia animus. El príncipe Ártico solo debía usar su magia una vez, en una ceremonia para crear un regalo para su tribu. Ciertamente no debía malgastarla en una Ala Nocturna despistada y sin importancia.

—Claro —dijo a su madre, fingiendo un escalofrío—. Sí, por favor.

—Hay mantas en nuestras habitaciones —dijo Prudencia, despidiéndola con un aletazo—. Usa esas y estarás bien.

Eso era típico de madre: se indignaba si no querías algo que ofrecía, y en cuanto sí lo querías (o fingías quererlo), decía que no podías tenerlo.

Homicida no pudo evitar poner los ojos en blanco a espaldas de Prudencia. La mirada de Ártico seguía fija en ella, y vio que esbozaba una sonrisa muy pequeña.

Aunque no fue lo bastante pequeña.

Junto al muro de hielo translúcido, otra Ala Helada los estaba observando.

«*Uh oh*».

Su nombre volvió a la mente de Homicida al instante: Copo de Nieve. «*Esa es la prometida de Ártico* —recordó Homicida—. *La dragona con la que se supone que va a casarse*». La expresión de la Ala Helada era imposible de leer.

«*Está comprometido*. —Fue lo primero que Homicida supo del príncipe, y aun así logró olvidarlo por completo en la magia de conocerlo

(y en la magia literal de que encantara un pendiente para ella)—. *Va a casarse con alguien más*».

«*Pero, de todos modos, nunca podría haber sido mío*».

Hizo una reverencia, dio la espalda a todos los Alas Heladas y se metió en el túnel.

«*Entonces, ¿por qué acepté reunirme con él en secreto esta noche?*».

«*¿Todavía voy a hacerlo?*».

«*Una dragona inteligente no lo haría*».

«*Una dragona inteligente agacharía la cabeza y regresaría al Reino Nocturno en lugar de arriesgarse a un incidente intertribal*».

Salió a una ventisca que se había acercado sigilosamente, con pétalos helados que ocultaban el cielo y el mar. Cerca de la entrada, aún podía ver la huella en la nieve donde Ártico había estado de pie durante su conversación.

«*Sí, pero ... esa dragona inteligente suena perfectamente miserable*».

«*De acuerdo. ¿Y qué si elijo no ser inteligente? Es sólo una reunión secreta. Sólo quiero hablar con él un poco más*».

«*Quiero decir, realmente, universo... ¿qué es lo peor que podría pasar?*».



Copo de Nieve siempre había sospechado que la familia real Ala Helada estaba llena de pretenciosos, y ahora que estaban aquí, en el palacio de sus padres, estaba segura.

La reina Diamante lo decía todo en un tono superior y condescendiente, mirando por encima del hocico como si tu ignorancia fuera una grave decepción para ella. No paraba de hacer comentarios sarcásticos sobre el estado del palacio y cómo podía mejorarse. Nunca hablaba con nadie por debajo del Primer Círculo, y había elegido claramente a Copo de Nieve como prometida de su hijo porque pensaba que Copo de Nieve era la opción más tranquila.

(Copo de Nieve lo sabía porque la reina se lo había dicho directamente a la cara. «Eres una dragona que sabe mantener la boca cerrada», había musitado Diamante, agarrando la barbilla de Copo de Nieve con las garras para inspeccionarle los pómulos. «O entiendes que no me interesan tus opiniones, o no tienes ninguna, lo cual sería preferible. Supongo que podré tolerar tu presencia en mi palacio, siempre y cuando hagas mocosos igual de silenciosos»).

Francamente, Copo de Nieve no deseaba vivir en el palacio principal de los Alas Heladas, pero pronto no tendría elección.

La única vez que había estado allí, se había pasado toda la visita en un torbellino de pruebas, competiciones y más pruebas para demostrar que merecía su puesto en el Primer Círculo de la jerarquía Ala Helada. Era exasperante, sobre todo porque muchas de las pruebas habían sido sutiles y deliberadamente injustas. Trampas secretas tendidas por la reina para evaluar la fuerza, el aplomo, la diplomacia y la habilidad de Copo de Nieve para dar réplicas ingeniosas cada vez que alguien la insultaba.

Esto último no era el punto fuerte de Copo de Nieve. Podía hacer una excelente mirada gélida de desdén, pero todas las réplicas cortantes que debería haber dicho sólo se le ocurrieron durante la noche, demasiado tarde, mientras yacía en su plataforma de hielo, hirviendo de rabia.

La verdad era que pasaba mucho tiempo furiosa. Le sorprendió un poco que la reina Diamante no percibiera la rabia bajo sus escamas. Todos esos años practicando su frialdad exterior debían haber valido la pena. Sus padres se lo habían inculcado una y otra vez: «*Congela tu ira. Nunca dejes que nadie la vea. Nadie quiere oírte hablar de tus sentimientos. Tranquila y serena por fuera; eso es lo único que importa*».

Sin embargo, no estaba segura de cuánto tiempo podría seguir así. Sobre todo, con su futuro marido, el príncipe Ártico, que era el hijo de la morsa más arrogante, engreída, condescendiente, insoportable, presumida y estúpida que jamás había conocido.

Él actuaba como si ella apenas fuera del Séptimo Círculo, como si tuviera la obligación de entretenerle cuando se aburría y como si no tuviera cerebro alguno en la cabeza.

«*¿Cómo voy a casarme con él?*».

«*¿Cómo se supone que voy a mirar su PETULANTE CARA PRETENCIOSA todos los días para el resto de mi vida?*».

«*¿Cómo voy a durar siquiera un mes sin clavar mis garras en sus globos oculares superiores?*».

Se suponía que era un gran honor casarse con alguien de la familia real. Sus padres estaban extasiados de que todo su trabajo en ella hubiera dado sus frutos. ¡Tanta gloria le esperaba! ¡Sus dragonets podrían heredar la magia animus! ¡Sus hijas estarían en línea de sucesión al trono!

«*Primero en la línea para ser asesinadas por su horrible abuela, claro está*».

Pero Copo de Nieve no podía hacer nada para cambiar su destino. Obviamente, no podía desobedecer a sus padres y a su reina. Ni siquiera podía insinuarles que no le interesaban sus planes para su vida. Tenía que ser cortés con Ártico e inclinarse profundamente ante su madre; tenía que llevar la máscara de la hija perfecta, aparentemente para siempre.

«*Para siempre. Hasta que guarden mi cabeza congelada en el muro de los miembros muertos de la familia real y deslicen mi cadáver al frío océano*».

«*Para siempre atrapada en el palacio principal con Ártico y Diamante*».

«*A menos que pueda encontrar una manera de salir*».

Se recostó contra la pared de la cúpula y observó la cara de Ártico cuando la Ala Nocturna se marchó. Ella había notado la mirada deslumbrada en sus ojos en el momento en que vio a Homicida, y todavía estaba allí. Había descartado a Copo de Nieve, su propia prometida, como si fuera una dragonet incómoda bajo sus pies. Y entonces (debió de ser sólo unos instantes después) le dio a Homicida su pendiente de diamantes.

Su *pendiente*. De todas las tonterías *ñoñas*. Sólo los personajes de pergaminos muy malos y muy sentimentales hacían cosas así.

«*Probablemente piensa que es muy romántico*».

«*Con la DRAGONA EQUIVOCADA, imbécil*».

No es que aceptara ninguna joya de él si se la ofrecía. El resto de la tribu podría encontrar la magia animus perfectamente maravillosa y útil, pero Copo de Nieve no confiaba en nadie con ese tipo de poder.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz que se deslizaba como focas serpenteando por una placa de hielo—. ¿No fue una interacción interesante?

Copo de Nieve giró la cabeza para mirar a la Ala Helada que se acercaba: hembra, algo mayor que Copo de Nieve, no de este palacio, con un collar del Primer Círculo. Era blanca, con algunas escamas de color gris azulado que parecían sombras ondulantes en sus alas, y se movía como una depredadora segura de sí misma.

Copo de Nieve inclinó la cabeza en una media reverencia cortés, preguntándose qué lugar ocupaba su nombre en la pared y si debería hacer una reverencia más profunda.

—Por favor, acepte mis disculpas, porque no reconozco su cara —dijo—. Espero no estar trayendo gran deshonor a mi familia. —Esa era una de las frases hechas que había aprendido muy joven, diseñada para ayudar a los dragonets a escabullirse de situaciones incómodas.

—No, aún no nos conocemos —dijo la nueva dragona, asintiendo de una manera que sugería que su rango era superior—. Soy Raposa de las Nieves.

«*Oh* —pensó Copo de Nieve—. *La sobrina de la reina Diamante*». Sin duda había oído hablar de esta dragona, actualmente la única heredera viva al trono de los Alas Heladas.

Raposa de las Nieves sonrió, y pequeñas gemas incrustadas brillaron en sus dientes.

—Raposa de las Nieves y Copo de Nieve: destinadas a ser grandes amigas o terribles enemigas, ¿no? Evitemos confusiones; puedes llamarme Raposa.

—Desde luego, siempre que nunca me llames Copo —respondió Copo de Nieve, devolviéndole la sonrisa.

Raposa se rió.

—Estoy segura de que eres cualquier cosa menos eso —dijo—. Hay que ser alguien muy astuta para atrapar las garras del príncipe Ártico. —Sus ojos azul oscuro se dirigieron hacia los restantes Alas Nocturnas, sus cejas se levantaron inocentemente.

—Te prometo que la única dragona astuta involucrada en este plan es la reina —respondió Copo de Nieve, ignorando la insinuación de Raposa—. No me atribuyo el mérito en este emparejamiento.

—¿Entonces el verdadero amor con un apuesto príncipe simplemente cayó en tus garras? —dijo Raposa socarronamente—. Debes ser la dragona más feliz del Reino Helado.

—Soy muy afortunada —aceptó Copo de Nieve, dejando que el más leve olor a sarcasmo se colara en su tono—. Es muy... encantador.

Ambas observaron a Ártico durante un momento de silencio. Ahora que Homicida se había ido, había vuelto a lo que parecía ser su habitual estado de ánimo hosco, gruñendo y frunciendo el ceño ante todo lo que le decían.

—Estoy segura de que hay muchos otros dragones a los que les encantaría estar en tus escamas —dijo Raposa, lanzando otra mirada de reojo a la delegación Ala Nocturna.

—Naturalmente —dijo Copo de Nieve—. ¿Quién no querría casarse con un príncipe y ver a sus hijas luchar a muerte por el trono?

—Bueno —respondió Raposa—. Amor verdadero. ¿Verdad?

—En efecto —masculló Copo de Nieve—. Amor verdadero.

Ártico tomó la última bebida verde brillante de una bandeja que pasaba y se quedó mirándola con tristeza.

—Está contemplando su noble reflejo en los cubitos de hielo —observó Copo de Nieve.

Raposa se rodeó el hocico con las garras, pero no pudo contener un bufido tan fuerte que varios dragones se volvieron para mirarla con la frente arrugada.

—Lunas plateadas —dijo cuando recuperó el poder del habla y todos volvieron a ignorarlos—. Tienes una profundidad de aguas oscuras bajo tu hielo, ¿verdad?

—Sólo para mis mejores amigos... y mis más terribles enemigos —respondió Copo de Nieve, encontrándose con los ojos de Raposa.

—Ahora estoy bastante segura de cuál preferiría ser. —Raposa inclinó la cabeza, calculadora. Tras un largo momento, dijo—: ¿Sabes qué pasará si *no* acabas teniendo hijas con el príncipe Ártico?

—¿Me pierdo la tremenda diversión de ver a mi suegra destrozarlas? —adivinó Copo de Nieve.

—Eso —dijo Raposa—. Además, sólo queda una dragona para desafiar a Diamante por el trono.

Copo de Nieve la miró, y la comprensión se reflejó en su rostro.

—Tú.

Raposa inclinó la cabeza modestamente.

—Yo.

—Parece —dijo Copo de Nieve lentamente—, que tú y yo tenemos algunos objetivos comunes.

—¿No es maravilloso conocer a un dragón que es un espíritu afín? —dijo Raposa. Colocó su cola ligeramente sobre la de Copo de Nieve y se inclinó un poco más cerca, sus rasgos peculiares transformándose en belleza dentro de la mente de Copo de Nieve.

«*Alguien que me entiende, por fin. Alguien tan profunda y oscura como yo, que ve mi ira y quiere estar más cerca de ella en lugar de congelarla*».

—Tengo algunas ideas... si te interesan —dijo Raposa.

—Digas lo que digas —dijo Copo de Nieve—, siempre estaré escuchando.

Las dos Alas Heladas agacharon las cabezas, susurrando, mientras el vendaval se convertía en una aullante tormenta de nieve.



La nieve entraba por la ventana, se acumulaba suavemente en el alféizar y emplumaba el suelo. El cielo estaba oscuro y los copos de nieve plateados parecían salir de un profundo abismo.

El príncipe Ártico se quedó mirando aquel abismo, pensando que se parecía muchísimo a su futuro.

«*Inmovilizado bajo las garras de madre para el resto de mi vida. Incapaz de usar mi propia magia después de la ceremonia. Casado con Copo de Nieve, que me odia*».

«*Sin poder volver a ver a Homicida*».

¿Cómo podría soportarlo?

¿Cómo podía ser esto lo único que tendría de felicidad: nueve días de reuniones secretas y luego nada más para el resto de su vida?

Copo de Nieve se volvía más antipática cada día que pasaba, y le respondía con la más mínima conversación fría. Era casi como si alguien (el gran dragón de hielo, el universo, quien fuera) quisiera dejar bien claro lo diferentes que son Copo de Nieve y Homicida.

Porque Homicida... ella era la luz del sol y todas las lunas y todo el cielo lleno de estrellas. La había conocido hacía sólo nueve días, pero ya era el principio y el fin de su universo. Le hacía reír, ¿alguien más lo había hecho alguna vez? Le daba ganas de entrar en calor. Le hacía ser valiente y despreocupado; le hacía olvidar los círculos, los muros, el protocolo, los rangos y las reglas.

Lo convirtió en un dragón que realmente quería ser.

Pero se iba.

Pasado mañana, los Alas Nocturnas serían escoltados sobre el Gran Acantilado Helado y se les retirarían los brazaletes protectores. Homicida volaría hacia el sur y saldría de su vida, mientras que Ártico volaría hacia el norte con su madre y la guardia real. A casa, al palacio principal, a prepararse para su ceremonia de donación.

Esta noche sería la penúltima vez que podría escaparse y verla a solas. Esta noche, mañana por la noche, y luego nunca más.

Había sido difícil encontrar un momento seguro para reunirse. Los Alas Nocturnas normalmente dormían todo el día, mientras que los Alas Heladas lo hacían por la noche, como los dragones normales. Pero para esta visita, los Alas Nocturnas habían cambiado su horario: se levantaban a última hora de la tarde para poder negociar con la reina y cenar con su Consejo por la noche, y se acostaban a primera hora de la mañana, cuando todavía estaba oscuro. Así que había una pequeña ventana de tiempo en la que todo el mundo (excepto los guardias nocturnos) dormía, y fue entonces cuando Ártico y Homicida se encontraron, en los momentos robados antes del amanecer.

Ártico cepilló un pequeño montón de nieve en sus garras y se quedó viéndolo, pensando en cómo los copos de nieve como estos se derretían cuando tocaban las escamas de Homicida.

Una extraña sensación se apoderó de él... una sensación de arrastre entre sus alas... una sensación de ser observado.

Se dio la vuelta.

Su madre estaba de pie en la puerta, llenando el marco como un glaciar que había descendido de las montañas, aplastando todo a su paso. Diamantes de un azul glaciar caían en cascada de sus orejas, alrededor de su cuello y a lo largo de la banda de su cola, pero ninguno brillaba con tanta intensidad ni con tanta peligrosidad como sus ojos.

Ártico quería preguntar cuánto tiempo llevaba allí de pie, pero, por supuesto, en vez de eso, hizo una profunda reverencia. Se imaginó a Homicida gritando: «¡La reina más espeluznante de Pirria!», y se alegró de tener un momento con la cabeza gacha para poder componer su rostro.

—Hijo —siseó Diamante—. ¿Por qué estás despierto a estas horas?

Ártico acomodó sus alas y su cabeza en la posición aprobada para hablar con la reina.

—No podía dormir, su majestad. —«*¿Por qué estás TÚ despierta? ¿Me estás espiando? ¿Sabes algo?*».

—Eso suena muy indisciplinado —retumbó, mientras su mirada recorría la habitación—. La tribu tiene horarios de sueño estrictos por una razón. Si has estado interrumpiendo el tuyo (como sospeché después de pillarte bostezando durante nuestro desayuno con Copo de Nieve y sus padres), asignaré a un cronólogo para que te arregle.

—Con gratitud y respeto —dijo Ártico, sin sentir absolutamente ninguna de las dos cosas—, me permito observar humildemente que mi problema para dormir parece estar relacionado con mi ceremonia de donación, y por lo tanto es seguro que será temporal.

—No perdí el sueño por *mi* ceremonia de donación. —Diamante se deslizó hacia él, sus garras dejando surcos en el hielo—. ¿Qué tipo de debilidad te atormenta? ¿La cobardía? ¿La indecisión? ¿Fantasías locas de tomar decisiones diferentes?

Eso último estaba demasiado cerca de la verdad. Ártico mantuvo los ojos firmes; su expresión, ilegible; su respuesta, el silencio.

—Un verdadero Ala Helada no tendría esos problemas —declaró Diamante. Se cernió sobre él como si pudiera leer la culpa en cada una de sus escamas—. Te he dicho cuál debe ser tu don. Obedece sin cuestionar y no tendrás nada que temer. Entonces dormirás como un Ala Helada leal: profundamente y a las horas apropiadas.

Ártico no confiaba en sí mismo para hablar. Su mente resonaba con el sonido de la risa de Homicida, dos noches atrás, mientras envolvía juguetonamente una cortina alrededor de su hocico para amortiguar el ruido. Ella lo apartó, riendo, y se liberó.

—En serio, explícame esto para que tenga sentido —rió—. ¿Tu madre quiere que hagas un qué?

—Un cuenco de hielo… o un globo lunar, o un espejo sería aceptable… eso es todo lo que se me permite decidir, aparentemente.

—¿Con el poder de...?

—...Predecir el clima —había admitido.

—¿Eso es todo?

—Bueno... predecirlo con bastante antelación, eso sí. Al menos con un año de antelación.

—Um… YO *puedo predecir el tiempo con un año de antelación. Va a... espera... oh, esto es bastante chocante... ¡va a NEVAR! Y un par de días después... no te lo vas a creer... ¡NIEVE otra vez! Y luego, espera, es un poco complicado... agárrense todos de la cola... parece que nos esperan unos trescientos sesenta y cinco días más de... ¡grandes lunas! MÁS NIEVE.*

—¡Deja de hacerme reír! Voy a terminar con unas arruguitas raras de risa alrededor de los ojos y nadie en el Reino Helado sabrá qué son.

—Me gustan tus raras arruguitas de risa.

—Me gusta tu extraña forma de pronunciar mal las palabras.

—Te SUPLICO perdón. TÚ eres el que dice las cosas de forma esquonquienta.

—Eso no es una palabra real. Y por cierto, a veces nuestra nieve viene en forma de una terrible tormenta, que sería muy útil conocer de antemano, muchas gracias.

—Pero vamos —le había respondido Homicida, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo llamar a eso «don de la visión»? ¿Hay algo menos

visionario que puedas hacer con tus poderes? No la escuches, Ártico. Es tu magia. Haz algo completamente maravilloso con ella.

—¿Sí? —había dicho—. ¿Cómo qué?

—Bueno… si realmente quieres un «don de la visión», ¿por qué no hacer que muestre algo más del futuro que el clima? Por ejemplo, quién será la próxima reina de los Alas Celestes, o cómo se resolverá la disputa a lo largo del Gran Río de las Cinco Colas, o dónde se encuentran las mejores vetas de plata y diamantes. Podrías hacer que viera el futuro o que respondiera a cualquier pregunta que le hicieras o que te mostrara cualquier dragón del continente o, literalmente, CUALQUIER COSA más interesante que el clima.

Ártico se quedó mirándola fijamente.

—Uuuu, me encanta esa cara —dijo—. ¡Esa es tu cara de «ojalá se me hubiera ocurrido a mí»! Ya sé. No te sientas mal; soy mucho más inteligente que tú.

—Tú, agravante cabeza de luna...

—Pero aquí está la cosa —le había interrumpido, ¡nadie le interrumpía!—. En realidad, no lo hagas, porque si lo encantas para que vea el futuro o responda a alguna pregunta, entonces la reina podrá averiguar quién la mata para convertirse en la próxima reina. Y estoy bastante segura de que asesinará directamente a esa nieta en su huevo. —había dudado—. Tu hija —añadió en voz baja.

El futuro imaginario de Ártico como padre teniendo dragonets con Copo de Nieve nunca se había sentido menos real, menos posible.

—¿Tienes alguna otra idea para regalos de animus? —había preguntado.

—¡Sólo unas ochenta millones! —dijo—. ¿Quieres todas? Siéntete libre de tomar notas por si se te cansa el cerebro.

—Escucha, Ala Nocturna, ¿no sabes que se supone que no debes hablarle así a los príncipes?

—Creeeo que hay muchas cosas que ambos estamos haciendo ahora mismo que no deberíamos hacer —señaló, barriendo con el ala la alcoba donde estaban escondidos.

—¿Como enamorarse? —preguntó él, tomando sus garras entre las suyas.

—Eso —le susurró—, es algo que definitivamente no debes decir…

—¡Ártico! —ladró la reina Diamante.

Dio un respingo y, con una oleada de terror, se dio cuenta de que no había mantenido la expresión mientras el recuerdo lo bañaba. ¿Qué había visto Diamante en su rostro en aquel momento de descuido? ¿Podría adivinar lo que significaba?

—Te he hecho una pregunta —dijo ella, con la voz rebosante de indignación.

Oh, cada vez peor.

—Mis más profundas disculpas —dijo, de nuevo—. Tal vez estoy más cansado de lo que pensaba y debería ir a dormir de inmediato.

—Contesta primero —espetó—. ¿Juras dar a la tribu el don de la visión como te lo describí?

Dudó. Era peligroso e inaudito contradecirla (a su progenitora y a su reina), pero si mentía y decía que sí, ella se pondría aún más furiosa cuando la desobedeciera en la propia ceremonia.

—Tengo otra idea —dijo con cautela—. Esperaba poder discutirla contigo. ¿Quizás por la mañana? —Tenía que deshacerse de ella. Homicida debe estar en su lugar ahora, esperando. Ella se preguntaría por qué no estaba allí.

«*Ella no vendría a buscarme aquí, ¿verdad?*», pensó con otro rayo de miedo.

Era lo bastante audaz e imprudente como para cometer semejante error. Y si Diamante veía aparecer un Ala Nocturna en la puerta de su hijo en mitad de la noche... alguien no sobreviviría hasta el amanecer.

—¿Otra idea? —preguntó la reina—. ¿Una propia? No me gusta cómo suena. Muy bien, puedes presentármela a primera hora de la mañana.

Se dirigió hacia el vestíbulo mientras Ártico exhalaba un sofocado suspiro de alivio. En un momento ella se habría ido, y entonces él podría ir corriendo a Homicida, advertirle, y enviarla volando de vuelta a su habitación lo más rápido posible.

La reina Diamante se detuvo en el umbral de la puerta y dirigió a Ártico una mirada despiadada y penetrante.

—Para asegurarme de *que* duermas —empezó—, y de que te despiertes a la hora exacta para asistir a nuestra cita, dejaré a estos dos

guardias aquí dentro de tu puerta. —Movió la cola hacia el vestíbulo y dos grandes soldados se deslizaron dentro. Grandes, fornidos, de piedra. Con los que no se podía discutir, sobornar o engañar. Un muro de hielo indestructible entre él y Homicida.

—Eso no es… —Ártico empezó, pero se mordió el resto de la frase cuando su madre le silbó.

—De hecho —espetó—, ya que estás tan abrumado por esta decisión del don animus, parece mejor que permanezcas recluido hasta que llegue el momento de la ceremonia. Está claro que algo aquí te ha estado distrayendo, pero no dejaremos que eso siga siendo un problema.

El corazón de Ártico cayó, rodando hacia el abismo con la nieve.

—Obediencia —dijo la reina Diamante—. Disciplina. Orden. Fuerza. Y conocer tu lugar. Estas son las características de un verdadero Ala Helada. No vuelvas a olvidarlo, Ártico.

Ella se alejó, dejando a Ártico separado de la dragona que amaba para siempre.



Copo de Nieve sintió la cola de Raposa enroscarse alrededor de la suya, sus púas chocando con un leve clic.

—¿Oíste eso? —susurró Raposa.

Hacía viento y nevaba en el balcón frente a la habitación de Ártico, pero siempre estaba desierto después del anochecer, y era el lugar perfecto para vigilar sus movimientos durante toda la noche. Llevaban varias noches observándolo escabullirse para encontrarse con Homicida más o menos a esta hora, pero ver a la reina pasar como una ventisca fue un impacto.

—¿Cómo lo supo? —susurró Copo de Nieve en respuesta—. Si su plan para él funciona, entonces el nuestro está arruinado.

—No dejaremos que eso pase —dijo Raposa, apretando la garra de Copo de Nieve—. Nunca tendrás que casarte con él. Lo juro por los huevos que formaron el mundo. —Sacudió la nieve de su hocico y miró hacia la

puerta en sombras de Ártico—. Quizá nuestro plan era demasiado pequeño desde el principio. Si los atraparan juntos, sí, sería un escándalo, y él quedaría deshonrado, y tal vez tus padres te dejarían cancelar el matrimonio. Pero puede que no, puede que lo encubran de alguna forma. Sigue siendo un animus, lo que lo hace valioso, incluso si Diamante tiene que matar a un cuarteto de Alas Nocturnas para limpiar su desastre. —Se llevó una garra al mentón pensativamente.

—Lo necesitamos fuera del reino —sugirió Copo de Nieve—. O muerto. De lo contrario, alguien más se casará con él y tendrá dragonets. No he olvidado que también estamos aquí para resolver tu problema.

—Primero el tuyo —dijo Raposa—. El tuyo es más urgente. Yo puedo ocuparme de los dragonets más adelante, si hace falta.

Copo de Nieve sonrió y le quitó un cristal de hielo suelto de la mejilla a Raposa. Raposa no se había acercado a Copo de Nieve buscando una aliada. Raposa había tenido la intención de sembrar discordia y desconfianza entre Copo de Nieve y Ártico para sus propios fines.

Pero todo había cambiado ahora que se conocían. Raposa quería proteger a Copo de Nieve con una ferocidad que igualaba el deseo de Copo de Nieve de poner a Raposa en el trono.

«*Una dragona por la que haría cualquier cosa. Nunca pensé que vería eso*».

—Fuera del reino —repitió Raposa de pronto—. ¿Tú crees… que es lo bastante tonto como para huir con ella?

—Si no lo es —dijo Copo de Nieve—, ¿podemos *hacer* que lo sea?

—Tendría que usar su magia para pasar junto a esos dos guardias —dijo Raposa.

—Y para sacarla a ella de aquí sana y salva —dijo Copo de Nieve—. ¿Arriesgaría su alma por eso?

—Su alma *y* romper la regla más estricta de los Alas Heladas sobre el poder animus. Él es un seguidor de las reglas. Nunca le he visto ningún signo de valentía oculta.

—Yo tampoco. Y para algo así… él tendría que romper muchas reglas.

Raposa batió las alas hacia atrás.

—Tendría que estar desesperado.

«*¿Qué me haría desesperar a mí?*», pensó Copo de Nieve por un momento, y luego comentó en voz baja:

—Tendría que pensar que ella está en peligro.

—Sí —susurró Raposa.

—Puedo hacer eso —dijo Copo de Nieve—. La reina Diamante me dejará visitarlo mañana, aunque a nadie más se lo permita. Le insinuaré que la reina está disgustada con el rumbo que han tomado las negociaciones.

—Él lo creerá —observó Raposa—, porque es verdad. Esos Alas Nocturnas son tan arrogantes como Diamante. Casi da risa ver cuál de los dos bandos puede levantar más el hocico.

—Sí, esta alianza propuesta nunca iba a funcionar —Copo de Nieve encogió las alas contra una ráfaga de viento—. Podría haberles dicho eso desde el principio.

—Así que cuando él escuche que la reina está enfadada con ellos…

—Entonces le insinuaré que la reina podría tener otros planes, más mortales, para los Alas Nocturnas… especialmente para una de ellos.

—Y lo *creerá* —dijo Raposa—, porque Diamante actuaba esta noche como si supiera todo sobre su romance secreto. Ya sea que lo sepa de verdad o no, él se imaginará fácilmente que podría matar a su amada por venganza o rencor.

—O para asegurarse de que esté fuera de su vida para siempre —asintió Copo de Nieve—. Será casi demasiado fácil meterle esas preocupaciones en la cabeza después de esta noche.

—Eres brillante —dijo Raposa, abriendo las alas de par en par y girando en el balcón, dejando que la nieve remolinara a su alrededor—. Mientras tanto, yo esparciré un rumor entre los guardias de que algo extraño podría ocurrir mañana por la noche. Si ven a Ártico intentando escapar con los Alas Nocturnas, no podrá cambiar de opinión y arrastrarse de vuelta. Tendrá que seguir volando.

—Pero no dejes que la reina Diamante se entere —dijo Copo de Nieve—. Tiene que dormir durante todo esto, o podría usar su magia para detenerlos.

—No temas —dijo Raposa—. Se perderá todo. De hecho, puede que tenga una poción para dormir que compré una vez de un Ala Lluviosa, podría ser útil…

—*Eres* brillante —dijo Copo de Nieve.

—Espero que los guardias no sean unos cobardes —dijo Raposa, mirando las volutas de copos de nieve—. Quiero asegurarme de que Ártico no se nos escape sin una pelea.

—Yo también quiero estar ahí —dijo Copo de Nieve—. Quiero ver su cara cuando se dé cuenta de que no es el regalo del gran dragón de hielo para el mundo. Cuando descubra que lo hemos superado.

—Y si algo sale mal —dijo Raposa, con una carita inocentemente triste—, y no lo logra… o no lo logran ninguno de los dos…

—Bueno —dijo Copo de Nieve—, tampoco sería el fin del mundo.



Nieve, nieve interminable, nieve hasta los confines del universo, nieve para siempre; nieve en su nariz, y entre sus garras, y derritiéndose en sus escamas, y pegándose a sus garras, y pesando sobre sus alas; nieve en los tejados, enterrando el palacio, cubriendo el mundo; nieve por todas partes, siempre cayendo, siempre bajo sus pies, siempre colándose por las ventanas y bajo las mantas y ¿POR QUÉ HABÍA TANTA MALDITA NIEVE?

—Odio este reino —se quejó Homicida, paseándose de un lado a otro de la pequeña habitación.

—De verdad —dijo Prudencia secamente. Estaba enrollando mantas y empaquetando sus pertenencias, preparándose para su partida por la mañana—. Es sorprendente. Has estado actuando odiosamente alegre desde que llegamos aquí.

—Me... gustó estar lejos del Consejo —dijo Homicida—. Pero no sé cómo alguien puede *vivir* así. Apuesto a que tener nieve en la cara todo el tiempo es lo que les pone de mal humor. Sus paisajes aburridos y sin fuego

en ninguna parte y espeluznantes luces flotantes. Apuesto a que los convierte a *todos* en unos completos idiotas.

Prudencia la miró con extrañeza y Homicida comprendió que probablemente debería callarse.

Pero él *era* un idiota. ¿Cómo pudo no aparecer, cuando sabía que ella se iba? ¿Todas sus bonitas y brillantes palabras habían sido mentiras? ¿Siempre coqueteaba con dragones extraños que visitaban su reino y luego los dejaba sin despedirse?

«*Sé que tenía que ser un adiós. ¿Pero no podíamos al menos tener eso?*».

Y luego no había aparecido en ninguna de las reuniones finales de despedida ni en el último banquete. La madre de Homicida pensó que los estaba desairando, «típico príncipe Ala Helada». A Homicida le preocupaba que estuviera enfermo o que hubiera ocurrido algo terrible.

Pero entonces ella se las arregló para volar casualmente por su ventana, y él estaba allí, PERFECTAMENTE BIEN, comiendo pequeños pasteles de pescado con COPO DE NIEVE. Como si ya se hubiera olvidado de ella. Como si pudiera volver a la normalidad y seguir con su vida, como si nada hubiera pasado.

PERFECTAMENTE BIEN.

Su paso se ralentizó por un momento y levantó la mano para tocarse el pendiente. Pero esto era real. Había roto las reglas, había usado su magia y había arriesgado su alma por ella. Así que todo tenía que ser real, ¿no?

«*ARRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRRGH*».

—Homicida, me estás volviendo loca —dijo Prudencia—. O te sientas en un rincón a leer o me ayudas a empacar. Si oigo tus garras chirriando de un lado a otro en el hielo una vez más, te las quitaré...

Prudencia se calló bruscamente.

Homicida se apartó de la ventana para mirarla.

La Ala Nocturna más vieja se quedó paralizada, con la boca abierta como si fuera a continuar la frase en cualquier momento. Sus ojos estaban en blanco, sus garras inmóviles. Tenía una manta medio doblada entre las garras.

—¿Madre? —preguntó Homicida, acercándose a ella—. ¿Estás bien? —Pinchó el ala de su madre y no obtuvo ninguna reacción—. ¿Madre?

—Lo siento —dijo una voz detrás de ella.

Homicida se giró y encontró la cabeza de Ártico asomando por la pared. Soltó un gritito antes de poder contenerse.

—Estará bien —dijo Ártico. Sus hombros, alas y garras delanteras se deslizaron a través de la pared, seguido por el resto de él. —También se lo hice a los guardias en mi habitación. El efecto se irá en unas pocas horas, una vez estemos lo suficientemente lejos. —Levantó una pequeña daga con una sonrisa—. ¿No es curioso? Madre confiaba tanto en nuestras reglas que dejó a dos dragones normales para custodiar un animus. Como si no pudiera hacerme una cosa mágica para salir de allí. Como si no me *atreviera*.

—¡Acabas de atravesar una pared! —gritó Homicida.

—Oh —dijo Ártico, golpeando uno de sus brazaletes—. Eso es sólo un pequeño hechizo. También puede hacer esto—. Lo giró en el sentido de las agujas del reloj alrededor de su brazo y se desvaneció en el aire.

—Guau —se asombró Homicida. Extendió la mano hacia el lugar donde él había estado y sintió que unas garras invisibles se aferraban a las suyas.

—Ahora tú también —susurró. Homicida miró hacia abajo y se dio cuenta con un escalofrío de que ya no podía verse a sí misma.

—Eso es mucha magia —dijo, mirando a Prudencia—. No deberías haber malgastado tu magia sólo para venir a despedirte de mí. Quiero decir, me alegro de que lo hicieras, pero...

—No voy a despedirme —dijo—. Me niego a decirte adiós. —El corazón traidor de Homicida saltó.

—Pero tienes que hacerlo—dijo ella.

—*No*. —Volvió a hacerse visible, girando el brazalete hacia el otro lado—. No quiero vivir sin ti. Homicida, huyamos juntos. Podemos encontrar una isla donde escondernos. O tal vez las historias del continente perdido son ciertas... Debemos ser capaces de encontrar un lugar donde podamos estar seguros y, lo que es más importante, estar juntos.

«*¿Podemos? ¿Es realmente posible?*».

—¿Y la magia de tu madre? —preguntó—. Estará furiosa, ¿y si decide usarla? ¿No podrá encontrarnos dondequiera que vayamos?

—Yo también tengo magia —dijo—. Puedo escondernos de ella. No tienes que tener miedo. —Extendió la mano y tocó suavemente el pendiente de Homicida con una garra—. Encanto este pendiente para que, mientras Homicida lo lleve puesto, se mantenga a salvo de cualquier encantamiento que Diamante pueda lanzar.

«*¿Cómo no enamorarme de un dragón que envuelve toda su magia en su amor por mí?*».

Quizá podrían lograrlo. Tal vez podrían escapar y ser felices, en secreto, sólo los dos, lejos de sus madres autoritarias y asfixiantes Consejos reales.

Era tan tentador... excepto...

Homicida miró a la fruncida estatua de Prudencia. No era una gran madre, pero seguía siendo *su* madre.

—Si huimos —dijo Homicida—, tu madre matará a la mía y también a los otros dos Alas Nocturnas. Pensará que te convencí para que huyeras conmigo y los culpará a ellos. Si no puede alcanzarme, necesitará un blanco para su ira, y ellos estarán justo aquí, en sus garras.

—Así que también les daré hechizos de protección —dijo Ártico, sonando frustrado. Encogió los hombros descuidadamente.

—No, guarda tu magia —dijo Homicida, aunque lo que realmente quería decir era *salva tu alma*—. Tenemos que llevarlos con nosotros. Escapamos, todos nosotros, ahora mismo.

—¿Llevarlos con nosotros? —Ártico se sorprendió, retrocediendo un poco—. No me imaginaba exactamente a tu madre en nuestro escondite romántico secreto.

Homicida rozó su ala con la de ella.

—No tenemos que ir en busca de una isla que podría no existir y luego ser fugitivos por siempre. Ven al Reino Nocturno. Puede que al principio se enfaden un poco conmigo, pero mi tribu te protegerá. *Yo* te protegeré.

Ártico soltó un pequeño bufido que la hizo erizarse. ¿No creía que ella podría protegerlo? Quizá no tuviera magia, pero era una de las luchadoras más fuertes de su clase. Había diferentes maneras de cuidar a alguien.

—Pero yo seré el único Ala Helada allí —dijo—. Y todos duermen de día y viven en cañones y quién sabe qué otras cosas raras.

—Te adaptarás —respondió Homicida, poniendo los ojos en blanco—. Es un gran reino, ya lo verás. Y podemos acostumbrarnos a cualquier cosa mientras estemos juntos, ¿verdad? ¿Eso es lo importante?

—Síííííí —aceptó él, un poco más a regañadientes de lo que a ella le hubiera gustado.

—Así que está decidido. Volaremos de vuelta al Reino Nocturno esta noche —concluyó.

Ártico dudó, mirando la nieve que caía.

—Ártico... no puedo dejarlos aquí para que mueran —dijo, agitando su ala hacia Prudencia—. Yo no soy ese tipo de dragón.

Ártico suspiró pesadamente. Apuntó la daga a Prudencia y siseó:

—Descongelar.

—…Y se las daré a la biblioteca como plumas —terminó Prudencia. Se quedó boquiabierta al ver al príncipe Ala Helada en su habitación, con la cola entrelazada con la de Homicida.

—¿Qué...? —espetó—. Esto... ¿qué están...?

—No hay tiempo para discutir, madre —dijo Homicida, levantando la barbilla—. El príncipe Ártico y yo nos hemos enamorado, va a volver al Reino Nocturno con nosotros. Pero eso significa que tenemos que irnos ahora mismo.

—¡Homicida! —Prudencia explotó—. ¡Este es exactamente el tipo de catástrofe descerebrada que debería haber esperado de ti! ¡Pero peor! ¡No puedes robarte al príncipe de los Alas Heladas!

—¡No lo hago! —protestó Homicida—. ¡Fue idea suya! ¡Quiere venir con nosotros!

—Más o menos —murmuró Ártico—. Ala Nocturna —espetó cuando Prudencia abrió la boca de nuevo—. No puedes detenernos. O vienes con nosotros ahora o te congelo de nuevo, y podrás explicarle todo esto a mi madre por la mañana. —Blandió la daga, moviendo la punta de un lado a otro.

Los músculos se contrajeron en toda la cara de Prudencia, como si estuviera luchando contra varias oleadas de rabia.

—Bien —escupió de repente—. Traeré a Garras Estelares y a Discreción.

Homicida no podía creerlo. Ella había esperado mucho más gritos, desaprobación y malos tratos antes de que su madre cediera. «*Quizá haya una pequeña parte de ella que quiera que sea feliz*», pensó esperanzada.

—Voy a explorar por delante y congelar a los guardias en nuestro camino —dijo Ártico. Corrió hacia el pasillo, dejando Prudencia y Homicida solas.

—Gracias, madre —dijo Homicida con fervor—. No era mi intención que esto pasara, pero nos enamoramos y él es tan maravilloso y lo amarás una vez que lo conozcas...

—Sabía que estabas siendo idiota —espetó Prudencia—. Pero dejé que siguieras porque esperaba que fueras lo bastante idiota como para volver a casa y quedarte con sus huevos. Para entonces estaríamos lo suficientemente lejos como para que la reina Ala Helada no tuviera que saberlo, y con un poco de suerte terminaríamos con dragones animus propios.

Homicida vaciló.

—¿Tú... lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía —Prudencia gruñó suavemente—. ¿Por qué crees que te traje en primer lugar? Eres la única Ala Nocturna en la tribu que haría algo tan idiota, y tenía la sensación de que llamarías la atención del príncipe. Pero no pensé que *él* fuera tan idiota como tú. Pensé que *él* tenía cierta lealtad a su tribu. Algún sentido del bien y del mal. Los dragones jóvenes son tan inútiles. —Dio un paso hacia la puerta, luego giró para mirar a Homicida—. Todo lo que puedo decir es que será mejor que tengas dragonets rápido, Homicida. Tantos como sea posible, para que nuestra tribu pueda heredar la magia animus y hacer que todo este desastre valga la pena.

Su madre se alejó a toda prisa hacia las habitaciones de los otros dos Alas Nocturnas.

«*Pensaba que estaba haciendo algo genial, atrevido, mágico y romántico... pero en lugar de eso, estaba cayendo directamente en una de las trampas de mi madre*».

La conmoción recorrió las alas de Homicida. Se sintió como si la hubieran arrojado a la parte más helada del océano.

«*Nunca podré decírselo a Ártico. Si pensara que lo atrapamos deliberadamente... nunca creería que no lo sabía. Él nunca me perdonaría*».

El príncipe Ala Helada volvió a la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

—No hay moros en la costa —susurró—. He congelado a los ocho guardias que encontré entre aquí y el balcón más cercano—. Movió la daga entre sus garras. —Así que esto es lo que se siente liberar mi poder —rió—. No me extraña que la tribu no lo permita. Me siento tan *libre*.

—Pero no te dejes llevar demasiado —dijo Homicida. La sonrisa de Ártico se desvaneció y ella lo rodeó con sus alas—. No, sigue sonriendo. Sé que haces todo esto por mí. Todo valdrá la pena. ¡Juntos por siempre, Ártico! Vamos a ser los dragones más felices del mundo.

—Lo somos —respondió—. Pero primero tenemos que salir de aquí.

En el vestíbulo encontraron a los otros Alas Nocturnas esperando. Garras Estelares y Discreción parecían un poco aturdidos, pero llegaron en silencio, todos siguieron a Ártico mientras se deslizaba sigilosamente por los pasillos oscuros. El corazón de Homicida se estremeció de miedo cuando vio una silueta al frente, pero resultó ser uno de los guardias congelados, con la mirada fija en el espacio. Pasaron sigilosamente por delante de siete más, cada uno de los Alas Heladas inmóviles, sin representar ya una amenaza.

Finalmente llegaron a un balcón que daba al sur, con nada más que cielo abierto y tierra vacía extendiéndose ante ellos, hasta la oscura sombra del Gran Acantilado Helado que cruzaba el horizonte.

Se detuvieron en el umbral y Homicida vio a Ártico respirar hondo. Extendió la mano y enrolló su cola alrededor de la de él para tranquilizarlo.

«*Por favor no cambies de opinión* —rezó—. *No me hagas volver a casa sola después de esto*».

Él la miró, y con su visión nocturna pudo ver que su expresión era insegura. Había imaginado un vuelo atrevido sólo con ella, una huida de todo lo que odiaban. No se había imaginado entregándose a los Alas Nocturnas, cambiando una tribu desaprobadora por otra.

—Bueno, *me* voy —dijo Prudencia bruscamente—. No tengo ninguna intención de morir por los errores de Homicida. —Empujó más allá de Homicida y Ártico y se lanzó desde el borde. Garras Estelares y Discreción saltaron tras ella.

—Juntos —le dijo Homicida a Ártico.

—Por siempre —respondió lentamente.

—¡Alto! ¡Alto ahí! —Seis guardias Alas Heladas cayeron en picado desde el cielo nocturno, todos con lanzas de punta de diamante atadas a sus espaldas.

—Vamos —gritó Homicida. Agarró las garras de Ártico y lo arrastró por el balcón. Sus alas se enredaron por un momento y luego se enderezaron, batiendo furiosamente mientras se elevaban. Homicida sintió la ráfaga de viento que pasó cuando los Alas Heladas los perdieron, giraron en el aire y los persiguieron.

—¿Príncipe Ártico? —llamó uno de los guardias, con confusión en la voz.

Por un momento, Ártico vaciló junto a Homicida.

—Conozco a ese guardia —empezó cuando ella volvió a tirar de él hacia delante—. Él era mi entrenador, él me enseñó todo lo que sé acerca de las armas.

—¡Son los Alas Nocturnas! —gritó una voz desde el parapeto sobre ellos—. ¡Están robando a nuestro príncipe! *¡Deténganlos!*

Homicida miró hacia atrás y vio que dos Alas Heladas más se lanzaban desde el parapeto. La que gritaba tenía unas extrañas escamas sombrías que ondulaban sobre sus alas blancas y puras, y la otra... no, no podía ser Copo de Nieve, ¿verdad?

Fuera quien fuese, los guardias estaban escuchando. El batir de sus alas se hizo más fuerte, más potente, y todos desenvainaron.

—Sigue volando —dijo Homicida sin aliento, empujando a Ártico hacia delante. Una flecha pasó junto a su hocico, apenas rozando su oreja.

—¡Déjennos en paz! —Ártico gritó a los guardias—. ¡ATRÁS! ¡DÉJENNOS IR!

Otra flecha casi mella el ala de Homicida y ella gritó de miedo. «*El pendiente me protegerá* —se recordó a sí misma, intentando calmar su

acelerado corazón—. *No dejará que me hagan daño. Sigue volando, Ártico. Sólo tenemos que estar delante de ellos*».

—¡Dejen de dispararle! —Ártico rugió.

—¡Te salvaremos, Príncipe Ártico! —gritó la voz de su maestro.

Esta vez fue una pequeña lluvia de flechas, pero se desvió alrededor de las escamas de Homicida.

—Estoy bien —gritó—. ¡Ártico, sigue volando!

Quizá Ártico no la oyó, quizá se olvidó de la protección del pendiente o quizá estaba demasiado alterado por ver a Homicida en peligro como para pensar con claridad.

Sea lo que sea lo que le hizo hacerlo, Ártico giró en el aire, abrió las alas, alzó sus garras delanteras hacia los guardias que los perseguían y gritó:

—¡Lanzas! ¡Detengan a esos guardias!

Homicida agarró su brazo con horror.

—¡Ártico, no!

Pero ya era demasiado tarde. Las lanzas se soltaron (de sus garras y de sus espaldas), giraron y se clavaron en el pecho de los Alas Heladas.

—¡No, esperen! —Ártico gritó—. ¡No los maten! —Sacudió sus garras frenéticamente y trató de apuntar a los guardias de nuevo—. ¡No los maten! ¡Sólo deténganlos, eso es todo lo que quise decir! ¡DÉJENLOS CON VIDA!

Era demasiado tarde. Uno a uno, los seis Alas Heladas cayeron del cielo, precipitándose como las rocas que Homicida solía arrojar a los cañones más profundos del Reino Nocturno.

—¡NO! —lloró Ártico—. ¡Vuelvan y déjenlos con vida! ¡Me retracto! —Volteó hacia Homicida, aferrándose a sus brazos desesperadamente—. ¡No era mi intención! ¡Sólo quería que nos dejaran en paz!

—Lo sé —dijo—. Lo sé, lo sé, Ártico, pero tenemos que seguir volando. No puedes volver ahora. Y esos otros dos siguen detrás de nosotros.

Los dos de la muralla habían alcanzado el lugar donde cayeron los Alas Heladas, y Homicida se dio cuenta con alivio de que ninguno de ellos

llevaba armas, nada con lo que pudieran atacar, nada con lo que pudieran resultar heridos.

—¿Qué has hecho? —gritó uno. Voló hacia ellos y Homicida vio que, después de todo, si era Copo de Nieve. «*¿Por qué está despierta en primer lugar? ¿Cómo es que estaba allí mientras escapábamos?*».

—¡MONSTRUO! —Copo de Nieve gritó, acercándose a Ártico—. ¡Conocía a esos dragones! ¿Cómo pudiste *matarlos*? ¿Por una *Ala Nocturna*? *¿Qué te pasa?* —Le iba a dar un zarpazo en el hocico, pero Homicida saltó en el camino y la empujó hacia atrás.

—Iba a dejar que te lo quedaras —le gruñó Copo de Nieve—. ¡Pero *él* no merece vivir! ¡No merece ser feliz!

Se acercó de nuevo hacia Ártico. Homicida disparó una ráfaga de fuego para hacerla retroceder, al menos, eso era lo que pretendía hacer.

Pero en el mismo momento, vio que Ártico levantaba las garras, como si estuviera atrapando su bola de fuego, y luego la empujó con fuerza hacia Copo de Nieve.

El fuego se propagó a lo largo de una de las alas de Copo de Nieve.

Al principio, Homicida pensó que el grito de Copo de Nieve resonaba en su propia mente, antes de darse cuenta de que otra Ala Helada también gritaba.

La compañera de Copo de Nieve descendió en picado para atrapar a Copo de Nieve antes de que pudiera caer al suelo. De su boca salió un aliento helado que extinguió las llamas, pero dejó un rastro de marcas ennegrecidas. Copo de Nieve aulló de dolor, aferrándose a su amiga mientras su ala herida se agitaba inútilmente.

—Oh, Ártico —dijo Homicida, con la voz entrecortada en la garganta—. Tenemos que irnos. Vámonos. Vamos, sólo sigue volando. No mires atrás.

Lo arrastró con ella, obligándolo a volar. La Ala Helada desconocida empezó a insultarlos desde atrás.

—¡Nunca te perdonaré esto! —rugió—. ¡MATARÉ hasta el ÚLTIMO Ala Nocturna si tengo la oportunidad! ¡Despertarás un día con mis garras en tus ojos! ¡Acabaré con toda tu tribu y te dejaré para el final para que sepas que sus muertes *son culpa tuya*!

—¿La maté? —Ártico preguntó con voz ronca.

—No —respondió Homicida—. Copo de Nieve fue herida, pero estoy segura de que sigue viva. —«*Puede que nunca vuelva a volar... pero él no necesita saberlo*».

Volaron en silencio hasta que encontraron a Prudencia esperando cerca del Gran Acantilado Helado.

—Supongo que necesitas esto para cruzar —le dijo bruscamente a Homicida, mostrándole uno de los brazaletes encantados que les habían permitido entrar a salvo en el reino.

Homicida sintió una punzada de culpabilidad. «*Puede que no les estemos robando a su príncipe, pero sí su "don de la diplomacia". ¿Volverán a confiar en otra tribu otra vez?*».

Pensó en los guardias cayendo y muriendo. «*Pensé que podríamos escapar sin que nadie saliera herido*».

«*Pero los Alas Heladas nos odiarán para siempre por esto*».

—Gracias por esperar, madre —dijo. Se tocó el pendiente—. Pero esto me hará cruzar a salvo.

Prudencia entrecerró los ojos ante el pendiente y luego lanzó una mirada aguda a Ártico. Homicida casi podía leer su mente. Estaba pensando que, si el príncipe estaba dispuesto a usar su magia de esa manera, tal vez podría ser convencido de hacer algo útil para los Alas Nocturnas también.

Homicida sintió que se le cerraba la garganta de miedo. Pobre Ártico, volando directo a la telaraña de la tribu.

Pero seguirían juntos. Eso compensaría cualquier cosa que otros dragones les hicieran, o lo dura que pudiera ser la vida... ¿no?

Sobrevolaron el acantilado y se unieron a los otros dos Alas Nocturnas en el otro extremo. Juntos volaron hacia el sur, adentrándose en las oscuras nubes que se acumulaban más adelante.

Homicida y Ártico volaron cerca de la parte trasera, muy juntos, pero él no dijo nada durante mucho, mucho tiempo.

Homicida se arriesgó a echar un vistazo a la cara de Ártico. Parecía como si él mismo hubiera sido apuñalado en el corazón.

—¿Estás... bien? —preguntó ella.

—Obviamente no —replicó.

Homicida parpadeó.

—Quiero decir, sé que estás molesto. Pero me refería a cómo se siente tu alma. ¿Está BIEN?

—Mi alma no es de tu incumbencia —siseó.

—Um, sí, lo es —replicó Homicida—. Si voy a casarme contigo, tu alma me concierne mucho.

Ártico soltó un gruñido y apartó la cabeza de ella.

En ese momento, Prudencia volteó para mirarlos, y la expresión de su cara era tan petulante que Homicida deseó poder arrancársela de un zarpazo.

«*Crees que lo sabes todo sobre mí y sobre Ártico, madre. Crees que ya nos estamos desmoronando y estás tan satisfecha contigo misma. No puedes esperar para decirme* "Te lo dije" *todos los días para el resto de mi vida*».

«*Pero amo a Ártico. Lo hago, y eso es real. Voy a hacer que este matrimonio funcione. Voy a hacer que me siga amando, y no voy a dejar que se salga con la suya actuando como un idiota. Voy a aferrarme a su alma. Voy a hacerlo feliz. Vamos a ser felices*».

«*Tal vez este no sea exactamente el destino que ninguno de nosotros esperaba. Pero ahora es nuestro*».

«*Ártico y yo*».

«*Juntos contra el mundo*».

«*Por siempre*».

CRÉDITOS

TÍTULO ORIGINAL:
RUNAWAY

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
27 DE SEPTIEMBRE DEL 2016

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
8 DE JULIO DEL 2025

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Ártico	Arctic
Raposa de las Nieves, Raposa	Snowfox, Fox
Prudencia	Prudence
Homicida	Foeslayer
Garras Estelares	Starclaws
Discreción	Discretion
Diamante	Diamond
Copo de Nieve	Snowflake

Personajes mencionados.

Vigilancia	Vigilance
Acechasombras[1]	Darkstalker

[1] Aunque **Acechasombras** no sea mencionado de ningún modo en el libro (ya que todo transcurre ***antes*** de su nacimiento), lo incluyo para **evitar confusiones** en aquellos que hayan leído la sinopsis del inicio y no reconozcan el nombre.